



AVISO LEGAL

Artículo: Integración y desintegración mundial y la política de la cultura

Autor: Zea, Leopoldo

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 1, año VIII, núm. 43 (enero-febrero de 1994), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1994). Integración y desintegración mundial y la política de la cultura. *Cuadernos Americanos*, 1(43), 154-163.

<https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1994 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México, México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

INTEGRACIÓN Y DESINTEGRACIÓN MUNDIAL Y LA POLÍTICA DE LA CULTURA

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM

I

FUE PARA MÍ DE EXTRAORDINARIA IMPORTANCIA asistir a la Asamblea de la Sociedad Europea de Cultura, en la ciudad de Padua en abril de 1991. El tema a discutir era importante: "Razón de Estado y razón del hombre", en relación con el fin de la guerra fría. En la reunión se hacía patente una gran euforia, satisfacción por los cambios que se estaban dando en Europa, como había sido la liberación de los pueblos del Este frente a la hegemonía soviética. La Unión Soviética estaba animada por otro espíritu, el que le estaba marcando quien sería su último líder, Mijail Gorbachov. Caían los muros que separaban a Europa. Terminaba la guerra fría. Parte de esta satisfacción se debía al por entonces reciente castigo que Estados Unidos había dado a la República de Irak bajo la conducción de Saddam Hussein, por haber agredido a Kuwait y por no respetar las decisiones de las Naciones Unidas.

Para la Sociedad Europea de Cultura reunida en su XXI Asamblea General Ordinaria, parecían culminar con esta situación los esfuerzos señalados por su creador, Umberto Campagnolo, en el campo de la política de la cultura propuesto al término de la Segunda Guerra mundial. Era el triunfo de la razón del hombre sobre la razón de Estado, triunfo de la cultura sobre la política sin más. Por mi parte, no participaba plenamente de esa euforia y satisfacción: venía de otra región de la tierra, la América Latina, considerada parte del llamado Tercer Mundo, para la cual tales sucesos no parecían tan positivos como en Europa. Simultáneamente a esos hechos se daban otros que anunciaban algo ominoso.

Así lo expuse en la que sería mi primera participación en una Asamblea General de esta Sociedad, titulada "De la guerra fría a

la guerra sucia''. Terminaba la guerra fría pero se ampliaba la sucia. Una guerra que a través de la historia de América Latina y de otras regiones de la tierra, marginadas por el llamado Mundo Occidental, se había sufrido. Ya se hacían patentes reclamos en Occidente para que junto con el fin de la guerra fría se pusiera también fin a las viejas demandas de libertad de los hombres y de autodeterminación de sus pueblos: demandas sostenidas a lo largo de cinco siglos, a partir de 1492. Demandas adelantadas en la misma América por los Estados Unidos de Norteamérica en su Revolución de Independencia de 1776.

Esta nación, al transformarse en potencia universal, había hecho patente su decisión de mantenerse como tal en ese mismo 1989, año de la liberación de la Europa del Este y de la caída del muro de Berlín. Los Estados Unidos no iban a permitir que se cuestionara su hegemonía y así castigaron a Panamá y posteriormente a Irak. Se adujo que se trataba de castigar a dos bribones: Noriega, de Panamá y Hussein, de Irak. Pero bribones que habían sido potenciados, armados, para mantener sus intereses en Centroamérica e impedir la expansión del fundamentalismo iraní en el Golfo Pérsico. Noriega está preso en los Estados Unidos y Hussein sigue gobernando. Centenares de panameños y millones de iraquíes murieron en esta acción represiva.

Motivo de preocupación fue el apresurado reclamo del presidente de Estados Unidos, George Bush, para asumir el liderazgo del Nuevo Orden visto como triunfo absoluto del sistema capitalista: "Los Estados Unidos —dijo en 1991— asumen este liderazgo porque sólo ellos tienen tanto la estatura moral como los medios para sostenerla''. Los Estados Unidos se hacían cargo del control del orden y la defensa del mundo surgido después de la guerra fría. Panamá e Irak eran sólo advertencias al ahora único enemigo posible: el Tercer Mundo. Surgía un nuevo orden de libertad, justicia, democracia y opulencia del cual quedaban excluidos los ya viejos pueblos sometidos de las colonias a los que se agregaba a los pueblos formados bajo el socialismo real. Unos y otros incapacitados para su pronta inserción en el Nuevo Orden como lo había ya anunciado en 1985 el filósofo estadounidense Francis Fukuyama en su discutido ensayo "El fin de la historia''.

El porvenir para los pueblos de la región de la que soy originario no era precisamente halagüeño. Fue en este sentido que expuse mis puntos de vista con la natural irritación de algunos participantes por suscitar dudas y perturbar su satisfacción. Esta incómoda actitud tuvo un desenlace feliz por la posición conciliadora y respetuosa

de Michelle Campagnolo, acorde con el espíritu de la Sociedad Europea de Cultura y por las palabras de uno de mis primeros críticos, Herbert Lamm, quien explicaba que se había dejado llevar por su natural apasionamiento.

//

EN ese mismo 1991 tuve una nueva y extraordinaria experiencia, al ser nuevamente invitado a una reunión que la Sección Soviética de la Sociedad Europea de Cultura convocaba en Tibilisi, Georgia. Ahora sería testigo de lo que estaba sucediendo en el mismo país en que se había iniciado el fin de la guerra fría. En vísperas de su desarticulación, Mijail Gorbachov, detonador de los cambios, estaba, en esos días, a fines de septiembre de 1991, debilitado por el frustrado golpe de los comunistas radicales. Debilitado también por las declaraciones que habían hecho, que exigían la independencia de la Unión Soviética, las naciones bálticas seguidas por Ucrania, Georgia, Bielorrusia, Armenia y Moldavia. Había sido inútil la insistencia del líder soviético ante la Europa Occidental y Estados Unidos para pedir la ayuda económica que permitiera a su pueblo pasar del socialismo real a un socialismo de rostro humano, conciliando el socialismo con la democracia y el libre mercado. Pero no fue escuchado; tampoco lo fueron sus advertencias respecto del caos que podría sobrevenir. Se condicionó la ayuda a cambios imposibles de realizar de inmediato y al reconocimiento de la independencia de Lituania, Estonia y Letonia. El presidente de los Estados Unidos, George Bush, anunció en septiembre el reconocimiento de la independencia de los países bálticos. Era el principio del fin de la Unión Soviética, pero también el inicio de la desintegración global que ahora se está viviendo. La Sociedad Europea de Cultura no pudo reunirse en Tibilisi, donde se había desatado ya la guerra civil. La reunión se realizó en Moscú. No tuve más remedio que pensar que mis preocupaciones en Padua tenían fundamento.

Los sucesos se precipitaron en los meses restantes de 1991. Forzaban los líderes de las repúblicas de la Unión Soviética para controlar el poder. Ucrania, Bielorrusia y Rusia acordaban crear la Comunidad de Estados Independientes separándose de la Unión Soviética. Al finalizar 1991 Gorbachov queda sin nación que gobernar y renuncia. Fue el fin de la Unión Soviética. El proyecto de Gorbachov para crear un socialismo conciliado con la libertad y el modo de vida del mundo capitalista no fue visto con simpatía por el Mundo Occidental ni por el pueblo soviético, que exigía cambios

rápidos hacia la economía de mercado. No querían ya más sacrificios como los exigidos antes por el socialismo. Aunque carecían de la experiencia para entrar en la nueva economía, consideraban sería posible hacerlo por simple decreto. Este decreto es dado por Boris Yeltsin. Los sacrificios que se quería evitar se precipitan ahora sobre un pueblo que ha dejado de ser una potencia mundial. Se va desarticulando también el mundo que se perfilaba integrado en una gran comunidad universal. Esta situación se hace manifiesta con brutal violencia en Yugoslavia, otra de las naciones de la recién liberada Europa del Este.

La impaciencia por un lado y, por el otro, el afán hegemónico de las naciones de Occidente, que se consideran triunfadoras de la guerra fría, amplían esta situación: desintegrando y no integrando. La República Federal Alemana logra que Gorbachov, en 1990, acepte la integración de la República Democrática Alemana a la Alemania Federal para rehacer la Alemania unida de antes de la Segunda Guerra. Esta misma Alemania unida empieza a ver con interés a otros pueblos de sus fronteras: los bálticos, Ucrania y una región de Yugoslavia que antes había sido parte del imperio austríaco, Croacia y Eslovenia. Estas dos últimas reclaman su independencia a la República Yugoslava. Alemania, Europa Occidental y Estados Unidos reconocen la independencia ante la resistencia de Serbia. A esta declaración de independencia se suman otras que encuentran siempre la encarnizada resistencia de Serbia, centro del gobierno yugoslavo creado por el Mariscal Tito. Sigue la brutal guerra. Pueblos de una misma etnia, la eslava, toleran la limpieza étnica. Ahora esta violencia preocupa al resto de Europa, que teme su extensión. Europa no sabe qué hacer y Estados Unidos, que se proponía como garante del Nuevo Orden, se resiste a participar en algo que considera que es de exclusiva responsabilidad de los europeos. Nacionalismos, regionalismos, racismos, fundamentalismo y xenofobia se van haciendo patentes en toda Europa, en la Oriental y Occidental. Checoslovaquia se divide, la amenaza se extiende a Italia, Francia, España, Inglaterra y los Países Bajos.

III

PERO sucede algo más en la Europa que en 1989 fue testigo de la caída de los muros y el fin de la guerra fría. Europa Occidental no necesitaba ya de la defensa armada de los Estados Unidos. Desorganizada la Unión Soviética no existe enemigo. Europa Occidental

puede ya pensar en su integración sin dependencia alguna de su antiguo protector. El sueño de una confederación europea iniciado en 1979 puede ahora ser realidad. El apresurado reclamo hegemónico de los Estados Unidos carece de sentido. El Tercer Mundo no amerita tal dependencia ni gastos armamentistas. Así, la presencia en Europa de los Estados Unidos resulta anacrónica e innecesaria.

Estados Unidos va también tomando conciencia de que su hegemonía carece de sentido ante la inutilidad de su armamento. Armamento por el cual ha pagado la Unión Soviética con su desarticulación, precio que no quiere pagar Estados Unidos. Su armamento sin enemigo real al frente resulta ya caro y obsoleto. El armamento que le permitió compartir su hegemonía con la Unión Soviética no cuenta ya en una sociedad libre y de economía de mercado. En esta economía Estados Unidos ha sido rebasado por pueblos que no se han desgastado en una industria de guerra. Pueblos como Alemania en Europa y Japón en el Pacífico, que no han tenido que fabricar armas porque les estaba prohibido como vencidos de la Segunda Guerra. Fabrican en su lugar utensilios de uso doméstico y personal. En este campo los Estados Unidos han sido rebasados tanto en Europa como en el Pacífico. Su armamento vale sólo como protección. Helmuth Schmidt ironizó después de la guerra de Irak: ¿nuevos *condottieri*? Por supuesto que no. Estados Unidos ha fracasado en sus pretensiones hegemónicas. Tendrá que buscar en el mismo continente americano los mercados perdidos. El presidente Bush propone el Tratado de Libre Comercio con Canadá y México y su extensión a toda la América Latina. Estados Unidos necesita no sólo materias primas y brazos baratos, sino también mercados. La América Latina, con sus quinientos millones de habitantes, puede ser un buen mercado, pero lo será sólo si previamente se eleva el nivel de vida de sus pueblos; en la miseria tal mercado sería imposible. Ya no existe un mundo unipolar sino tripolar.

IV

EN la Europa del Este y la desaparecida Unión Soviética, surgen demandas para que se reelaboren identidades que el socialismo real había impedido. Se hacen patentes viejos odios al lado de demandas para participar en el mundo que se les había presentado como premio en el exterior si abandonaban el comunismo. Estas nuevas demandas de participación habían surgido dentro de la misma Europa Occidental y se extendieron a todo el Primer Mundo. Caídos

los muros que impedían salir a la gente de la Europa del Este y de la que fue la Unión Soviética, ésta se precipita sobre la otra Europa para ser parte de su opulencia y desarrollo. Pero este mundo nada quiere saber de la inclusión de gente extraña a su desarrollo y su opulencia. Dramática es en este sentido la experiencia de Alemania del Este al integrarse a la Alemania Occidental. Su atraso tecnológico se hace evidente, y con ello la dificultad para ser parte igualitaria de la Alemania Federal. En esta Alemania las huelgas hacen patente la resistencia del proletariado de la Alemania Occidental a cargar con el gasto que implica incorporar a la otra Alemania. La gente de esta otra Alemania, la oriental, se siente defraudada. Sabe que ni siquiera puede hacerse cargo, ante la desocupación que va sufriendo, de los trabajos sucios que están en manos de extraños, como son los turcos. La xenofobia será la respuesta a esta situación, discriminación y persecuciones raciales. Un nuevo fascismo se hace patente, centrado en la Alemania que antes vivió bajo la hegemonía comunista.

Fuera del Mundo Occidental se generan también los esfuerzos de incorporación ante los anuncios de mandar al vacío a otros pueblos por prescindibles. Los países del Primer Mundo no necesitan ya sus materias primas ni su trabajo, fácilmente sustituibles con la nueva tecnología. El Primer Mundo marcha hacia la autarquía. Recientemente las Naciones Unidas publicaron un informe ominoso y catastrófico: "Cien millones de personas se ven obligadas a emigrar a otros países para poder subsistir debido a la precaria situación económica y política de su región de origen. Es necesario —agrega— promover el desarrollo del individuo de la familia de los países del Tercer Mundo. De otro modo la inmigración podría convertirse en el problema humano de nuestra era". Esos cien millones de personas golpean a la puerta del mundo desarrollado. En la Europa del Este las murallas cayeron, y paradójicamente el Primer Mundo ahora el comunismo que impedía que esa gente saliera de sus regiones. Habrá ahora que levantar muros para no dejar entrar. Frente a los millones de habitantes del Tercer Mundo, como se hizo evidente en los millares de chinos que se precipitaron sobre los Estados Unidos, habrá que levantar nuevas murallas.

Murallas que resultan inútiles porque este mundo se encuentra ya en las entrañas del Primer Mundo, llevado allí para hacer el trabajo sucio. Ahora esa gente desde dentro amenaza sumarse a los que vienen de otras regiones de la tierra y de Europa. En 1849 Marx y Engels decían, eurocéntricamente, en su *Manifiesto Comunista*: "Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo".

Este fantasma era el proletariado propio del mundo desarrollado. Ahora este mismo proletariado está asustado ante otro fantasma, el de los marginados, que recorre no sólo Europa sino todo el mundo. Este fantasma se hace ya brutalmente presente en las grandes urbes del Primer Mundo. Así se manifestó en Los Ángeles, California, en Estados Unidos el año pasado. Esta misma gente unida consiguió el triunfo del actual presidente, William Clinton. Un nuevo presidente, preocupado más por gobernar, dar seguridad y bienestar a todas las capas de su pueblo, que por mantener hegemonías planetarias por las que los Estados Unidos están pagando un alto precio.

¿Qué ha pasado? Han cambiado las viejas tablas de valores y justificaciones que venían imperando a lo largo de la historia. Las viejas interpretaciones del Bien y del Mal han pasado a la historia. El antiguo Mal se niega a seguir poniendo en jaque al Bien. Norberto Bobbio, en la revista *Forum*, nos dice que los problemas de identidad, que parecían propios de Latinoamérica y el Tercer Mundo, son ahora problemas del Primer Mundo que ya no se siente seguro de su identidad. Bobbio habla de la identidad perdida de la izquierda que es también de la derecha. “Al estar frente a estos problemas —escribe con un grado de dramatismo sin precedentes—, se podría estimar que la tradicional diferenciación entre izquierda y derecha ha sido borrada”. El fantasma del marxismo, podemos agregar, era fácilmente localizable; en cambio, el que ahora surge es inaccesible por la diversidad de sus expresiones y sus reclamos, que van desde nacionalismos, regionalismos, hasta exclusivismos religiosos, raciales, sexuales y otros. Los múltiples marginados de la tierra plantean ahora problemas lógicos, éticos, sociales y económicos.

Bobbio habla también de tres grandes problemas que hay que enfrentar: “El problema de la guerra y la paz a raíz del descubrimiento de las armas nucleares. La progresiva destrucción del medio ambiente y, por consiguiente, el de la gradual reducción de reservas indispensables para mantener la vida”. Y, por último, “el enorme incremento del número de la población, lo cual parece confirmar la tesis de que nuestro planeta resultará inviable”. Todo lo cual conducirá a una lucha más difícil y catastrófica que la lucha de clases, “la lucha por la supervivencia”.

Reflexionemos sobre la problemática planteada por Norberto Bobbio. El uso de las armas nucleares que durante la guerra fría sólo fueron una desgastante forma de amedrentamiento; ahora

éstas pueden ser indiscriminadamente usadas en enfrentamientos civiles como los que se están viviendo en Yugoslavia. El agotamiento del medio ambiente y el crecimiento de las poblaciones plantean la necesidad de un nuevo orden mundial que rebase el excluyente orden establecido por los beneficiados en su agotamiento, con la marginación de gente cuya naturaleza ha sido saqueada y cuyo trabajo ha sido sobreexplotado. Esta gente tiene mucho que ver con el desarrollo alcanzado; por ello reclama un lugar en él. Más aún cuando se sostiene que el desarrollo ha llegado a su fin, porque la naturaleza no soporta más explotaciones y está pasando la cuenta a sus explotadores. En la conferencia sobre ecología realizada en Río de Janeiro en 1992, fueron los países más beneficiados por la explotación indiscriminada de la naturaleza y el abuso de sus recursos los que declararon que el desarrollo alcanzado no podrá ya ser sostenido ni ampliado, que hay que frenarlo, por lo que se recomienda a los pueblos que no lo han alcanzado abstenerse de hacer algo semejante porque la naturaleza no podrá ya soportarlo.

¿Y a cambio de esta necesaria abstención, qué? Nada, simplemente los países que de esta forma han alcanzado su propio desarrollo mantendrían el fruto y el usufructo de lo mismo pero sin pretender acrecentarlo. Y los que no lo han alcanzado deben conformarse con la situación en que se encuentran actualmente. No se podrá hacer nada que estos pueblos no hayan hecho. Recientemente, en la ciudad de México, se celebró un Seminario Internacional sobre el tema "Libertad y justicia en las sociedades modernas". De inmediato se hizo patente la diferencia entre los latinoamericanos y los estadounidenses y europeos. Los primeros reclamaron un reajuste mundial en relación con el agotamiento de los instrumentos de supervivencia. Libertad sin justicia social era imposible. Los segundos se opusieron a los ajustes propuestos, pues lesionaban los beneficios que el Primer Mundo había alcanzado con sus exclusivos esfuerzos. Se les replicó que tal desarrollo había contado con la explotación de la naturaleza de los pueblos sometidos y con el trabajo obligado de ellos mismos. Se contestó que lo sentían mucho, pero que ningún hombre estaba dispuesto a compartir lo que ha alcanzado: "También nos compadecemos mucho de los ciegos, pero nada podemos hacer para que obtengan los beneficios que tenemos los videntes". Otro expositor dijo, pura y simplemente, que el desarrollo había llegado a su fin y que lo alcanzado, si se repartiese, sería insuficiente para satisfacer las demandas que ahora se hacen. Se podía pensar en algunas compensaciones, esto es, limosnas para

quienes por diversas razones no han alcanzado el desarrollo que ha terminado.

En nuestros días el político estadounidense Zbigniew Brzezinski, al comentar las repercusiones de la Revolución Estadounidense de 1776, decía que: "La búsqueda de un mayor bienestar social, a nivel global, significa para muchos un reclamo de sus recursos y el presagio de la confiscación de los frutos de su trabajo". Esto explica la resistencia frente a proyectos como el de Gorbachov para extender a todos los pueblos los beneficios del sistema capitalista. Resistencias que ahora está encontrando el presidente de Estados Unidos, William Clinton, al buscar que el capitalismo beneficie a todo su pueblo sin discriminación. Resistencias al mismo Tratado de Libre Comercio para el Norte de América y su extensión a todo el hemisferio americano si éste no beneficia en exclusiva a los viejos detentadores del poder dentro del sistema. Igualmente encuentran resistencia los proyectos de pueblos de la América Latina, como México, respecto de un liberalismo social. Todo esto no puede sino conducir a lo que presagiaba Norberto Bobbio: "a una verdadera lucha por la supervivencia, de la cual tendrá que salir victorioso el más fuerte y éste es el que disponga de un arma más mortífera". ¿Quién tiene estas armas y cómo pueden ser usadas cuando han dejado de ser disuasivas y pueden ser utilizadas indiscriminadamente como el primitivo uso de la cachiporra?

Es éste el reto central de nuestros días, el de la creación de un nuevo orden ecológico, social y político para que el hombre en sus múltiples expresiones pueda participar en él, pero en una relación horizontal de solidaridad y no ya más la vertical de dependencia. Orden para convivir con la naturaleza y con sus semejantes a partir de un equilibrado reparto de sacrificios y beneficios. Fin de la historia, pero de la historia hecha sobre la represión. Un nuevo orden auténticamente universal, al alcance de todos los hombres y en relación con el orden natural que no implique su destrucción. Desde América, Nuestra América, como la llamaba Martí, poblada por gente de distintos orígenes, etnias y culturas, por ser una y otra vez marginada, es mucho lo que se puede aportar a partir de la experiencia de su historia. Una historia que debe dejar de ser excluyente y por ello marginadora, para que a partir de esta toma de conciencia se ponga en marcha otra historia solidaria hecha por todos los hombres y en beneficio de todos ellos. Es ésta, también, una extraordinaria tarea para una institución internacional como la ONU, pero que debe abandonar la actitud beligerante y represiva que ha tomado en los últimos tiempos.

Un reto central para la inteligencia del mundo, un reto para la cultura y los hombres que la hacen. Reto para la política de la cultura, para que prevalezca la razón del hombre sobre la razón del Estado. Sobre la razón excluyente, la razón conciliadora al servicio de todos los hombres, en todas sus expresiones. Pero de un hombre que vea en otros a semejantes, por lo que tienen de distinto, como él lo es de ellos. Y por ser distinto respetarlo para ser recíprocamente respetado. A partir de este mutuo respeto podrá emprenderse una acción común en beneficio de la humanidad como totalidad.